



IMP. SIMON RAJON

VALPARAISO

EL CATOLICISMO

EN PRESENCIA DE SUS DISIDENTES.

CAPÍTULO PRIMERO.

El mar. — Atraso de las poblaciones de la costa del Pacífico. — Funcion religiosa de los indígenas de Iquique. — Ruinas de Arica. — Reflexiones sobre la actualidad moral de Lima. — Doctrinas extraviadas. — Qué debe juzgarse de los escritos de Vigil. — Reaccion de las buenas ideas.

Atras dejo el suelo de mi patria, principio á atravesar mares insondables, y voy á estudiar un movimiento que se opera en países remotos, mas dilatado que el de las ondas que parten del seno del Océano, para bañar las costas opuestas de dos mundos, y mas imponente que los picos elevados de los Andes, que de vez en cuando dejan contemplarse, cuales sombras misteriosas, desde las aguas del Pacífico. En la sucesion infinita de las olas nadie me impide ver representarse con viveza el movimiento de las generaciones humanas, ni en los violentos huracanes que las agitan y entumecen, las pasiones furiosas que extravían y precipitan los pasos de los mortales que van á su destino. La América, cuyo bello litoral diviso todavía, sedienta de

reformas y de progresos, que serán fruto del verdadero patriotismo mas bien que de luchas fratricidas, y la Europa, cuyo suelo presto pisaré, conmovida por los esfuerzos de hombres empeñados en cambiar completamente la faz del mundo político, llaman la atención universal. Mas en medio del torrente de ideas y de principios que se desborda, llevando tras sí imperios, reinos y repúblicas que vemos desplomarse por el trabajo asiduo de los clubs, otro espectáculo grandioso, sublime y divino ocupa mi atención: el desarrollo del elemento destinado á salvar la sociedad, á restituir la paz á los espíritus, y á ligar á los hombres con el estrecho vínculo de su amor mutuo. Á él veo volver sus ojos los hábiles políticos que ántes le desdénaron, y en sus brazos arrojar los gobiernos que le miraron de reojo, porque la *unidad* es á juicio de todos estos el único elemento que puede salvar pueblos y gobiernos, instituciones y magistrados. Ved ahí lo que me propongo conocer por mí mismo, alejándome del país privilegiado de la América.

Ningun atractivo ofrecen los pueblos situados sobre las orillas del Pacífico al viajero que deja la hermosa Valparaíso: en vez de suntuosos edificios, de largas calles, de templos elegantes, de activísimo comercio y de la opulencia que se deja ver en la ciudad *reina del Pacífico*, encontrará espantosa miseria en unos, vestigios de esplendor que pasó en otros, y el rastro estampado por guerra fratridica en casi todos. Covija, único puerto de Bolivia, compuesto de pocas familias emigradas, parece rechazar al viajero, oponiéndole los ardores de un sol abrasador que refleja sus rayos sobre áridas montañas. Un hombre en cuya casa me detuve se ocupó en quejarse de dos viajeros que, abusando de la hospitalidad, habían aconsejado á sus criados le robaran y se marchasen á la sierra á cuyas tribus pertenecían. «Eran socialistas, decia él, y se empeñaban en manifestar á mis muchados que no debían servirme por ser mis iguales, y que podían robarme porque los bienes son

comunes. » Triste cosa es encontrar sembrados en pueblos tan miserables como Covija, y entre gentes tan rudas como los indígenas de la sierra, estos principios seductores para el que no alcanza á percibir su absurdidad monstruosa.

Luego que llegué á Iquique, salté en tierra, y me dirigí á la iglesia. Para llegar allí, atravesé calles estrechas y tortuosas, llenas de gente, que por su fisonomía conocí luego ser indígenas. En grandes tiendas formadas de intento estaban instaladas compañías de músicos y bailarines, que divertían al pueblo agolpado en rededor; y licores espirituosos que en ellas mismas se despachaban profusamente, inspiraban mas alegría que la necesaria á una muchedumbre que habia dejado las comarcas vecinas para venir á celebrar la *Concepcion inmaculada de María*. Aunque con trabajo pude arribar al templo, donde en verdad la solemnidad del culto no era la mas aparente para conciliar la devoción. Figúrese cada uno trasladados á su recinto todos los pífanos y tamboriles que sonaban ántes en las tiendas, y tendrá idea de la impresión que recibirían los circunstantes no acostumbrados á oírlos. En la procesion, mezclados los indígenas de uno y otro sexo, llevando unos *hachas* encendidas, pendones otros, y los mas danzando y tocando sus bulliciosos y desagradables instrumentos, pasearon la imágen de la Virgen por el pueblo. El entusiasmo sin límites que manifestaban los mas condecorados por cargar con las andas de la santa imágen, los ramos con que las mujeres adornaban las calles del tránsito, el humo de los perfumes con que embalsamaban el aire, ponían bien de manifiesto el sentimiento religioso del pueblo que ofrecía tales homenajes. Algunos no han querido ver en estas demostraciones populares nada fuera de reliquias de practicas antiguas que la superstición ó la ignorancia consagraron en otro siglo, y durarán solo el tiempo que tarde en borrarse la memoria de su origen. Nosotros juzgamos de una manera enteramente opuesta, creyendo que si los pue-

blos se mueven para hacer manifestaciones de tal naturaleza, es porque existe en ellos un resorte que los anima. Los hombres jamas obran sino estimulados por una causa positiva que conocen y saben apreciar; un individuo podrá equivocarse quizá al hacer esta apreciacion, pero no naciones enteras, y mucho ménos en el discurso de largos siglos. Las manifestaciones religiosas que vemos conservarse abriéndose camino por entre generaciones que renuevan los pueblos, tienen otro origen, y este es poderoso, es durable, es la Religion misma. Una piedad mas ilustrada trabajaria por desterrar de tales ceremonias todo lo que les acompaña de profano y repugna á la fe, que las inspira y las dirige: yo convengo; pero no porque ha venido á mezclárseles lo que no les pertenece pueden ser jamas vituperables. Á un corazon puro, á un alma elevada por sentimientos cristianos no pueden ménos de ser gratos estos homenajes que públicamente se tributan á una creencia que honra por sí sola á los pueblos que tienen la felicidad de conservarla.

Arica fué sin duda en otro tiempo un pueblo de mas valer que hoy; las ruinas que amontonó en su recinto la mano inexorable de la revolucion dan á su fisonomía un aire melancólico. Yo entré en uno de esos templos derruidos, y á la vez que observaba la belleza de su arquitectura, no podia ménos de admirar la incuria de la autoridad, que mira con indiferencia la destruccion de las hermosas estatuas, adorno en otro tiempo de aquel templo, y ahora abandonadas á la intemperie. ¡Una de éstas, bellísima, servia de tranca á una puerta !!!

La gran fortaleza de *Casas Matas*, en que los Españoles dieron muestras de su poder y de su valor mas de una vez, nos indicó la vecindad de Lima, la gran metrópoli de Sur-América un siglo atras, y cuya opulencia proverbial pudo solo explicarse con el especioso nombre de *Ciudad de los Reyes*. ¡Cuántas serias reflexiones no ofrece la consideracion de esta ciudad por mil títulos tan célebre? Teatro de

revoluciones que se suceden con asombrosa rapidez durante un largo período de años, presa de diversos tiranuelos que se apropiaron la fortuna de sus ciudadanos pacíficos bajo el título especioso de *contribucion*, y, lo que es peor, invadida su moral por un desórden lamentable de costumbres, su esplendor ha principiado á decaer, y el renombre glorioso que la alcanzaran tres siglos de ventura á oscurecerse con feos borrones que manchan las páginas brillantes de su historia. Hubo época, y no muy distante de la nuestra, en que Lima era el oráculo donde venian á buscar solucion las cuestiones espinosas que ofrecian á cada paso las circunstancias difíciles que atravesaba la fe en su marcha triunfante por regiones que se sometian á su yugo. La célebre Universidad de San Márcos, los colegios de San Martín y de Santo Tomas, y el convictorio de San José eran otros tantos semilleros fecundos para producir hombres cuya ciencia ha venido mas tarde á enriquecer con nuevas y muy brillantes páginas los fastos literarios de la América. En Nueva Granada, en Costa Firme, en las provincias del Plata y en Chile mismo, estimaban mucho poder seguir en Lima la carrera científica, dirigida por hombres que en las universidades mas célebres de Europa no desmintieron á su vez el renombre de sabios con que les habia honrado este Ateneo Americano. La alta magistratura venia aquí á buscar sugetos á quienes encomendar el desempeño de sus delicadas funciones, y el báculo pastoral, entregado frecuentemente á personas formadas aquí mismo, fué gobernado con celo y sabiduría que honrán ciertamente á la Religion (1). Mas debia pasar esta época para dejar lugar á otra ménos feliz, y cuya generacion recibiese por única heren-

(1) Permítanos el Sr Robertson hacer una rectificacion al contenido de su *Carta cuarta sobre el Paraguay*, donde se asegura que durante la colonizacion « los destinos elevados, la mayor autoridad y las dignidades mas lucrativas de la Iglesia se ponian solo en manos de los hijos de la madre patria (la España). » Esto tuvo lugar solo miéntras entre los hijos de

cia la memoria de una prosperidad que, referida á medio siglo de distancia, parece uno de aquellos sueños que dejan apénas confusa idea.

En lo material que resta aun de su estado primitivo, encontramos lo bastante para juzgar que su opulencia la colocaba á la altura de las grandes ciudades del continente europeo. Sus templos soberbios, sus establecimientos filantrópicos, sus numerosos monasterios, nos dan derecho para asegurarlo así. Mas permítasenos buscar el principio de ese desarrollo intelectual y material, resorte que contribuyó tan eficazmente á la elevacion de esta metrópoli del Sur del Nuevo Mundo. Cuando sin vacilar un instante vamos á indicarlo *en el espíritu religioso*, nos remitimos á documentos que cada cual puede consultar, y existen aun vivos en la sombra de esas mismas instituciones.

No fué el poder de los reyes quien abrió los cimientos de sus célebres universidades, ni los filantrópicos del siglo acudieron primero á reunirse para establecer colegios donde se formase la juventud americana; á la sombra de las iglesias y bajo la influencia del báculo pastoral vió nacer el mundo estos grandiosos establecimientos, y del fondo sombrío de los claustros salieron los seres privilegiados, que no vivieron sino para ser los genios protectores de una sociedad naciente. Quien haya leído la historia del Perú podrá responder si esto es ó no verdadero. Desde Jerónimo de Loaiza y santo Toribio, dignos Padres de la Iglesia Peruana, que pusieron en Lima la primera piedra de los hospitales y abrieron los primeros seminarios y colegios, hasta la época de la revolucion, apénas se encontrará individuo alguno de los llamados á ocupar la silla que aquellos dejaron

América pudieron encontrarse personas competentes para el desempeño de las altas dignidades. Véase la nomenclatura de los obispos de América en Acevedo ó en otro escritor, y se leerán, especialmente en el último período de la colonizacion, una multitud de nombres que pertenecen al Nuevo Mundo y no á la *madre patria*.

vacante, que no haya señalado su gobierno por legados útiles ó por la institucion de obras de beneficencia. ¿Y quién ignora la parte activa que cupo al clero en ese mismo impulso vital? Échese una ojeada á lo que aun resta, cual débil sombra del esplendor pasado; interróguese á esos suntuosos edificios que se elevan en las calles de Lima, y escaparán, aunque estropeados del furor de la revolucion, para servir de testigos contra las ideas que esta misma habia de cobijar y propagar; interróguese á los establecimientos de beneficencia quiénes fueron sus mas activos promotores, á la universidad quién regentó sus primeras cátedras, y á las bibliotecas quién recogió sus primeros y mas preciosos volúmenes; y la respuesta que todos han de dar á una voz vendrá á escribir una línea mas en la crónica infinita de los servicios que durante diez y nueve siglos ha prestado en todos los países el clero católico á la sociedad. Indelebles existirán en el Perú los recuerdos del oscuro Martin, quien, desprovisto de títulos que hacen espectable al hombre y sin mas elementos que su caridad, llenó el Perú de instituciones que honrarán eternamente su memoria. Sin dineros erigió hospicios para pobres, hospitales para enfermos, y casas de educacion para huérfanos; abrió caminos, trabajó para facilitar comodidades á los viajeros, y encontró arbitrios aun para atender á otras necesidades que, por ser secretas, no son socorridas fácilmente. Una generacion injusta se empeña en correr un velo sobre obras tan bellas, y que dibujan el cuadro sobre que se estampa la refutacion mas concluyente de las doctrinas estériles del racionalismo actual; pero en pechos que abrigan la noble gratitud vivirán recuerdos tan preciosos, y mil voces elocuentes sabrán inspirarlos perpetuamente en los demas. Preciso es que los reformadores de nuestro siglo mediten ántes de combatir los servicios del clero católico, pues la evidencia de los hechos que les desmienten les obligará á retroceder despues de acometida su empresa.



IMP. SIMON RAON.

MARTIN DE PORRES

La revolucion religiosa que los regeneradores del Nuevo Mundo han querido amalgamar con la revolucion civil aterró una multitud de aquellos monumentos; pero su caída conmovió tambien la sociedad en cuyo beneficio nacieron. Ese espíritu que sabe arruinar sin poder gloriarse de haber criado algo fuera de vértigo y desórden, no pudo llenar el vacío que dejaban al caer aquellas instituciones; y de aquí data la decadencia moral é intelectual que fácilmente advierte cualquiera en la metrópoli del Perú. Decayó el espíritu religioso, como efecto necesario de la falta de instruccion; decayeron las ciencias, porque faltaron profesores competentes que las enseñasen; y las costumbres, como efecto natural de este doble atraso, vinieron á adquirir resabios desconocidos hasta entónces. Las reliquias de aquellos preciosos institutos que á la sombra del Santuario sobrevivieron á la caída, vejadas, humilladas, desnaturalizadas y arrancadas de su centro, han perdido gran parte de su dignidad é importancia primitivas. Un solo bien quedaba entretanto al Perú en medió de sus males, un solo tesoro se conservaba intacto en su seno á pesar de los trastornos y de las convulsiones que se suceden sin cesar, una sola garantía del cambio que mas tarde habrá de mejorar su situacion: esta es su *unidad religiosa*. Los esfuerzos del protestantismo para ganar prosélitos habian fracasado estrellados contra el sentido católico, dominante en la inmensa mayoría de los Peruanos; mas como si un bien real importunase á una administracion imprevisora, dió esta el primer paso destinado á condenar lo que su órgano oficial llamó *arma de una repugnante y vergonzosa intolerancia* (1). El presidente de la República propuso al congreso el proyecto de *libertad de cultos*, como medio, segun él, «de proteger la colonizacion del país por extranjeros.» El mismo hombre que á la cabeza de un ejército supo conquistar para su

(1) El Peruano.

patria la paz de que carecia despues de largos años, minaba así por su base esa misma paz, pidiendo á las cámaras la sancion de un proyecto que habrá de dividir la unidad nacional, separando las razas ligadas hasta hoy por la unidad religiosa. ¡Asombrosa inconsecuencia de los hombres! Este es el triste tributo que los grandes pagan con frecuencia á la miseria humana, aun cuando parezcan animados del deseo mas ardiente de hacer el bien.

Desde el principio de la revolucion, Lima, como todas las grandes poblaciones de la América Española, se vió invadida por las doctrinas subversivas del racionalismo y del jansenismo, que, combatiendo toda suerte de autoridad, prepararon los tristes acontecimientos de que el Perú ha sido teatro durante veinte años de anarquía. La juventud respiró este aliento contagioso, y cuando á su turno ha llegado á influir en el poder, el influjo tambien de aquellas ideas se ha hecho sentir eficazmente. En esta fuente debemos buscar el origen de la revolucion religiosa que encierra proyectos tales como el de *tolerancia de cultos*, preocupando los espíritus de un crecido número de individuos de las Repúblicas Hispano-Americanas. Uno de esos espíritus fascinados, y origen del extravío de otros muchos, es el doctor Vigil, cuyos escritos, publicados bajo un título tan pomposo como inmerecido, encierran la esencia de los errores del jansenismo, y los principios subversivos de los que trabajan por destruir la Iglesia, desnaturalizando su institucion divina. El doctor Vigil no puede pretender, sin embargo, originalidad para las doctrinas que encierran las obras rubricadas con su nombre, pues no ha hecho mas que recopilar de una manera indigesta todo lo que contra el gobierno de la Iglesia católica produjeron sus enemigos en los dos postreros siglos. Para él no hay mas doctrina que combatir que la jerarquía, ni otro blanco tan odioso como el primado del Papa: no reconoce principio cuando llega á tocar esta materia, y su pluma nos parece entónces empapada en la

misma hiel con que trazaba vacilantes líneas la del fundador de la reforma.... Un odio intenso y mal disimulado le fatiga en ciertos momentos, como á Villanueva, á Llorente y á D'Prad, y para desahogarse repite las amargas diatribas de estos contra la autoridad del Vicario de Jesucristo. Tal es el juicio que nos debe la obra de Vigil. Por lo demás, sin mérito literario ni otro sentido que el puro protestante, tan léjos de obrar en América la *revolucion en la disciplina eclesiástica* que esperaba su autor, ha sido rechazada generalmente como contraria al principio católico.

La mayoría de los hombres á quienes la revolucion colocó por desgracia al frente de la instruccion pública estaba iniciada en los principios que derramó profusamente la prensa de Francia despues de sus trastornos políticos. Traduciendo la palabra LIBERTAD por *abolicion de todo poder, emancipacion de la conciencia y sujecion á la razon individual*, no solo sacudian el de la potestad civil que reconocieran despues de erigirlo á su manera, sino que despreciaban el augusto y eterno de la fe, porque, segun su juicio, pone coto á esa libertad que se habian conquistado con la independendencia política. Los efectos de lecciones semejantes se reconocen á primera vista en los principios anárquicos y disolventes que apénas ha contenido el brazo poderoso de la dictadura, sin poder gloriarse de haberlos dominado definitivamente. Un hombre cuyos talentos y ciencia le hicieron llegar jóven aun á los primeros puestos del Estado, llamado á dirigir la instruccion, fué el resorte poderoso que inició en la juventud peruana una verdadera regeneracion, colocándola en el sendero del verdadero progreso intelectual, que no se realiza sino teniendo por base el estudio de la fe. Segun el plan vigente de instruccion pública, este estudio fundamental ocupa un lugar preferente.

Miéntras tanto las piedras del santuario, deterioradas por la violencia del aluvion que inundó, cegó y tronchó cuanto

encontró en el curso de su corriente, restauran su primitivo decoro. Ese clero, que cuenta entre sus padres y sus hermanos tantos hombres elevados al honor de los altares; ese clero en cuyo seno se formaron en siglos pasados los Cruz y Villaroel, y en el presente el inmortal Moreno; ese clero, en fin, siempre denodado para luchar cuerpo á cuerpo con el monstruo de la irreligion, y en el que, á pesar de su decadencia actual, se cuentan todavía hombres que con valor apostólico no dejaron siempre de combatir aun en medio de los peligros: ese clero va á renacer en los seminarios abiertos de nuevo despues de tantos años que permanecieran cerrados por golpes arbitrarios del poder. ¡Quiera el cielo que este orden de cosas sea duradero, y que el principio católico, único que puede salvar la América de su ruina, retoñe y extienda sus ramos con tal fuerza que á su sombra se cobijen dos generaciones gastadas por la anarquía y por los vicios que la acompañan!

